POR QUE ESCRIBI MASAMACLAY

Texto de una conferencia pronunciada por Roberto Querejazu Calvo, autor de MASACLAY, uno de los libros con que la bibliografía nacional se ha enriquecido en los últimos años. La conferencia fue pronunciada en el Instituto de Cultura Hispánica.

Por ROBERTO QUEREJAZU CALVO

Queridos amigos:

Con su perdón pongo de lado títulos y precedencias, y me tomo la libertad de dirigirme a todos ustedes informalmente porque necesito de la benevolencia de su amistad.

Mi más profundo agradecimiento a don Benjamín Saravia Ruelas por los inmerecidos conceptos con que ha hecho la presentación de mi persona.

Mi agradecimiento también al Instituto Boliviano de Cultura Hispánica por la generosa hospitalidad que me brinda para esta mi disertación. Cuando el Secretario General del Instituto, vino a mi oficina para invitarme gentilmente a esta tribuna y a invitarme a ocuparla con relación a un libro que yo mismo había escrito, tuve serios reparos para aceptarle. Fue otro dilecto y experimentado amigo, don Jorge Siles Salinas, quien acabo por vencer mis escrúpulos, explicándome que era costumbre en España y otros países que un autor hiciera la presentación o explicación de su obra.

Seré breve. Soy hombre de pocas palabras, posiblemente por mi ascendencia vasca que me enorgullezco en mencionar en esta casa solariega de la Madre Patria.

¿Por qué escribí Masamaclay?

Tuve el privilegio de pertenecer a la generación que fue metida en el desierto vegetal del Chaco para defender los más sagrados ideales de la Patria.

Como tantos otros, de la apacible existencia en el terruño natal y del círculo íntimo de amigos y parientes, resulté trasplantado a la selva inhóspita para compartir con compatriotas de todos los pueblos y ciudades, de todas nuestras razas y clases sociales, las mismas penurias y peligros, reunidos todos bajo un solo denominador común, en experiencia traumática de una guerra. La campaña del Chaco resultó de este modo el crisol donde desaparecieron regionalismos y se formó verdadera conciencia de la nacionalidad boliviana.

Cuando terminó el drama, pensé que todos los que habíamos vivido esa gran aventura, debíamos contarla a las generaciones que nos seguían, en la medida y en la forma que nos lo permitiese nuestra capacidad, por que habían en ella enseñanzas y ejemplos que no debían olvidarse jamás.

Pero todos los ex-combatientes que volvieron a sus hogares, con el peso del tremendo drama vivido en la quinta frontera de la Patria, reiniciaron sus tareas de paz humilde y silenciosamente.

Y el silencio de los héroes dio lugar a la mayor de las injusticias. La retaguardia comentó burlonamente la actuación de quienes estuvieron con el arma al brazo en las trincheras. Se generalizó en todo el país, y aun entre los propios ex-combatientes, un sentimiento pesimista: la guerra había sido perdida por incapacidad del Gobierno, comando y ejército combatiente, por incapacidad general y total de todo el país porque fallaron los conductores y falló el pueblo en todos sus escalones sociales.

El olvido cubrió la gesta gloriosa de Boquerón, el estoicismo de Kilómetro 7 el denuedo de Cañada Strongest, el holocausto de Nanawa, el "no pasarán en Villamontes", las hazañas de Busch, el heroísmo de Antonio Arévalo, el cabo Maceda, Víctor Uztárez, Germán Jordán, Luis Reynolds, Miguel Rodríguez, Luis Rivero, Raúl Bustillos, Jaime Urriolagoitia, Ernesto Lanza, Felipe Arana, Benedicto Vidangos, Rómulo Antelo, Desiderio Rocha, Rafael Pabón, Mario Calvo, Edmundo Andrade Roberto Orihuela, Anselmo Coimbra, Félix Méndez Arcos, para no citar sino a algunos de los que nunca volvieron.

Yo tenía un título de abogado bajo el brazo con el que durante varios años no atinaba a hacer nada positivo. Por lo demás, no faltaban amigos que por mi desgarbada y flaca figura me llamaban don Quijote....Se me ocurrió entonces lanzarme a una aventura copiada a las del Hidalgo, llevando en ristre el título hasta entonces inservible. Sería abogado de una causa que parecía ya perdida. Sería abogado de pobres del pobre y humilde ex-combatiente de la guerra del Chaco.

Durante años fui acumulando antecedentes, conociendo todo lo que se ha escrito sobre la campaña del Chaco, entrevistando ex-soldados y oficiales.

Comprendí que lo que yo había visto era apenas una mínima parte del cuadro general, de las grandezas y las miserias las glorias y las vergüenzas, lo digno y lo vergonzoso, lo heroico y lo mezquino, el valor y la cobardía, la generosidad y la mezquinnad. Todo estaba entremezclado, en un patético conglomerado de personajes y circunstancias, de palabras y de hechos que sería muy difícil separar, ordenar, seleccionar y finalmente presentar. Por eso es que la tarea fue tan penosa, tan laboriosa y me llevó tantos años.

Quiero aprovechar de esta oportunidad para hacer algunos comentarios sobre los principales factores que determinanron el curso de los acontecimientos en una forma tan trágica y prolongada y que no creí correcto incluir en mi libro, que tomó la forma de una presentación escueta y la más imparcial posible de los hechos, para que éstos hablasen por sí mismos, sin el aditamento de juicios del autor.

Hay están, primero, los muchos años durante los cuales Bolivia, no obstante creer que había heredado títulos irrefutables de propiedad de España sobre el Chaco Boreal, se decidió por enviar una caravana de diplomáticos a Asunción en busca de un arreglo transaccional: Antonio Quijarro, en tres diferentes oportunidades, Eugenio Caballero, Isaac Tamayo, Claudio Pinilla, Mariano Baptista, Rodolfo Soria Galvarro, Emeterio Cano, Ricardo Mujía. Ninguno de ellos logró que el gobierno del Paraguay aceptase un tratado. En la política interna del Paraguay comenzó a dejar oír su voz, en 1885, el Partido Liberal, que adoptó como una de sus banderas la consolidación de la soberanía paraguaya en una posesión cada vez mayor del territorio del Chaco Boreal. Este partido logró alcanzar el poder en 1904 y permaneció en él hasta después de la guerra. La táctica paraguaya de postergar un arreglo diplomático, tenía el objeto de dar tiempo a la penetración de puestos militares y la ejecución de planes de colonización. Para ello se tenía la gran ventaja de la proximidad.

Bolivia se vio obligada a hacer lo propio con todas las dificultades de la distancia. De este modo los llamados fortines, que no eran sino algunas casuchas de paja ubicadas en las proximidades de alguna pequeña aguada, fueron penetrando cada vez más profundamente en direcciones convergentes. En 1907, la Cancillería argentina ofreció su mediación y logró que el Canciller boliviano Claudio Pinilla, que se encontraba de paso en Buenos Aires en su viaje a La Haya, suscribiese un protocolo por el que los dos países se comprometían a no avanzar en las posiciones alcanzadas hasta entonces. Este acuerdo habría sido una base muy favorable para que luego se llegase a una delimitación definitiva de la frontera. Desgraciadamente se introdujo en él una cláusula que daba al Paraguay el derecho de fijar sus pretensiones hacia el Norte en el punto que considerase más conveniente, sin dar a Bolivia una opción equivalente.

Esta y otras circunstancias determinaron que Bolivia declarase al protocolo "caduco de hecho y pleno derecho". Y se volvió al juego anterior de contactos esporádicos e infructuosos de representantes de las Cancillerías y avance subrepticio en el terreno, en profundidad cada vez mayor, con un acortamiento peligroso de las distancias que separaban a los fortines de un lado y otro. El gobierno argentino intentó una segunda mediación, llamando a reunirse en conferencia en Buenos Aires, en 1927 y 1928, a negociadores de Bolivia y Paraguay. Acudieron a la cita los abogados e internacionalistas más conspícuos de uno y de otro país. Daniel Salamanca, José María Escalier, Daniel Sánchez Bustamente, Julio Gutiérrez, Tomás Manuel Elío y David Alvéstegui, representando a Bolivia. José P. Guggiari, Eusebio Ayala, Francisco Chávez, Fulgencio Moreno, Manuel Domínguez, Elías Ayala y Gerónimo Zubizarreta, por el Paraguay.

Dada la calidad y capacidad de los negociadores y su prestigio en su respectivo país y aun fuera de él, era la oportunidad suprema para que la razón se impusiese sobre toda otra consideración, en favor de una solución equitativa en el pleito arrastrado por décadas por falta de comprensión. Pero los buenos doctores, tuvieron que subordinar su inteligencia y buenos deseos a las posiciones antagónicas en las que el tiempo y la intransigencia habían colocado a sus países. La ocasión, que pudo ser la más propicia, sirvió más bien para mostrar que, contrariamente a lo que ocurría en el terreno, en que los puestos militares estaban cada vez más próximos, los gobiernos se habían alejado de la posibilidad de una transacción amigable.

El fracaso de las conferencias en Buenos Aires, no tenía otra alternativa que la solución en el propio terreno. A poco de que los negociadores volvieron a sus sedes, al finalizar el año 1928, se produjo un serio incidente en el fortín boliviano Vanguardia que fue ocupado por una fracción paraguaya y sus ocupantes tomados presos. Bolivia como represalia tomó el fortín Boquerón. Uno y otro país movilizaron desordenadamente sus ejércitos. Las Cancillerías americanas la Liga de las Naciones y la Santa Sede, hicieron llamados a la cordura y la reflexión. Los presidentes Hernando Siles, en Bolivia y José P. Gugiari, en el Paraguay, se decidieron por la paz. Una comisión de neutrales organizada en Washington, con representantes de Colombia, Cuba, Estados Unidos, México y Uruguay encontró una solución, pero sólo para los incidentes de los fortines, que fueron restituídos a sus primitivos dueños. El problema de fondo quedó pendiente, con los puestos militares muy cerca, frente a frente. Los dos países habían hecho su penetración hasta donde encontraron el límite de la penetración adversaria. Sólo quedaba en el corazón del Chaco un reducido sector inexplorado. El Presidente Salamanca, como una de las primeras medidas de su gobierno, resolvió consolidarlo a favor de Bolivia antes de que fuese ocupado por el Paraguay. Financiados los fondos, con un empréstito del industrial minero Simón I. Patiño, se dio orden al Ejército de ejecutar el plan con las mayores precauciones posibles, para evitar todo encuentro, choque e incidente con las guarniciones paraguayas. Pero el destino tenía una jugada oculta en la forma de una laguna que se encontraba en la ruta que penosamente exploraban los oficiales y soldados bolivianos en la zona que parecía más seca de todo el Chaco. ¡Agua en el desierto! Un destacamento llegó a sus márgenens y ocupó la laguna ahuyentando a tiros a una pequeña guarnición paraguaya. El Paraguay guardó absoluto silencio sobre el caso y preparó su revancha. Con dos golpes, acertados con diferencia de quince días, el segundo con mayor potencial bélico que el primero, rescató la posición de Pitiantuta.

Un aspecto de la Guerra del Chaco que no se ha analizado y que consta en Masamaclay es la mentira con la que el Gobierño y el Estado Mayor, engañaron al pueblo boliviano y que tuvo consecuencias fatales, creando una sucesión de acontecimientos que precipitaron al país en el abismo de la guerra.

Al pueblo boliviano no se le dijo que el primer ataque en junio de 1932, fue de un destacamento boliviano contra cinco guardianes paraguayos de un ranchito de paja, ubicado a orillas de la laguna Pitiantuta y que tenía el nombre de fortín Mariscal López. Se le dijo que el primer ataque fue de fuertes contingentes paraguayos contra el inexistente fortín boliviano Mariscal Santa Cruz a orillas de la laguna Chuquisaca. Las poblaciones de ciudades y villorrios estallaron en cólera. Y el cauteloso doctor Salamanca, que había creído llegar a la primera magistratura de la República, para hacer un gobierno de paz, de afianzamiento constitucional, de consolidación de los derechos y libertades ciudadanas, de austeridad y reordenamiento de las finanzas públicas, se vio enfrentado por el grito de las multitudes, que pedían armas para ir a la frontera del Sudeste a expulsar al "invasor guaraní". Y el señor Salamanca, para no ser menos que el Presidente Siles en 1928, ordenó que a cambio de la pérdida del ficticio fortín Mariscal Santa Cruz, se arrebatasen al Paraguay sus fortines Corrales, Toledo y Boquerón. Esta medida tendría dos objetivos principales: 1) demostrar al Paraguay y al mundo que había llegado la hora de buscar una solución jurídica al viejo pleito fronterizo para evitar una inminente conflagración bélica; 2) sacudir al pueblo boliviano de su marasmo con una campaña breve de simple represalía, encender su civismo y reunir alrededor del Gobierno todas las voluntades para la ejecución de un programa progresista. Las columnas bolivianas recibieron la voz de alto en su avance tan pronto como ocuparon Corrales, Toledo y Boquerón. El señor Salamanca creyó entonces que la presión de la Liga de las Naciones, los países vecinos, la Comisión de Neutrales, el Panamericanismo y la Santa Sede, igual que en 1928, evitarían la guerra y obligarían a los dos países a negociar de una vez por todas su frontera definitiva.

Y el señor Salamanca, que odiaba los juegos de azar, se aprestó a intervenir en el pocker diplomático guardando bajo su manga tres cartas arre-

(Pasa a la Pág. 4)

PRESENCIA LITERARIA
Director: JUAN QUIROS. Casilla 1913
La Paz, Bolivia, Domingo 13 de Febrero de 1966

LA PAZ, ¿URBE VENCIDA?

Por CARLOS GONZALO DE SAAVEDRA

Los aficionados a nuestra historia, cuando se refieren al Chuquiagu, villorrio aymara, llámanlo Nuestra Señora de La Paz, dando origen religioso a su fundación que fuera resultado del pacto de paz entre españoles al acabarse la guerra en 1547. Cuenca inmensa, lecho de río aurífero, sepultada entre cerros fantasmales, fue madre de una ciudad absurda, pero como todo lo absurdo, creció Ahora la urbe trepa las colinas y de ellas bajan, en cerco de adobes, casitas de aymaras, casitas sin orden urbanístico y sin cimientos. Los torrentes de febrero suelen acarrearlas abajo, pero son sin duda mejores que las fabelas de Río Janeiro, plataformas de palo sobre las cuales moran los oscuros ciudadanos que contemplan las joyas resplandecientes que se acuestan sobre las playas del Atlántico. El aymara de nuestras colinas nada tiene que admirar ni envidiar pues sigue la costumbre de cerrar sus habitaciones al sol y a la curiosidad y el, no es curioso. Hierático expoblador del altiplano hoy es comerciante en pequeño, pues la reforma agraria le ha dado un retazo de tierra árida donde no cabe la máquina ni el deseo de hacerla funcionar. No hay trabajo solidario en los campos donde el arado fenicio se ha reproducido con algunas innovaciones de metal. Entre barbechar y cosechar el "ciudadano" suburbano tiene mucho tiempo.

La Paz va creciendo a pesar de la inercia estatal El paceño debe arañar al cerro y robarle su gris materia y construye como puede. Planes urbanísticos; una estética propia dineros para hacer de La Paz gran ciudad, no existen. Por muchos años, con inflación y luego con deflación monetaria con leyes y decretos ruinosos para el propietario, nuestra ciudad se ha estancado en cuanto a edificación. Ciudad perseguida por muchos años, envilecida, asaltada por flujos de provincianos que se mueven conforme a la suerte política, hoy es, como lo vengo diciendo sin eco alguno, un gigantesco ghetto, o un cashbah morisco. Las viejas calles, festoneadas por las mujeres de "milicianos" heroínas del contrabando, y ahora también por los mismos que se hallan provisionalmente sin ocupación, ostentan miles de puestos de venta de todo, lo importado y lo doméstico como el "tecte" tibia bebida que se puede adquirir de ollas estropeadas en las gradas del Banco Central, a un paso de la Catedral, en mil zaguanes y esquinas.

La Paz, la perseguida y odiada, se ha "pucaranizado".

Los antiguos gobiernos comunales no existen; en países a los que solemos acudir en demanda de ayuda no se concibe una municipalidad depen diente de la autoridad política de la Nación. Tuvimos un Alcalde que se quedó manco a pesar de sus grandes amores por esta ciudad y de su pertinaz empeño para servirla: Humberto Muñoz Cornejo. Y el actual, el mejor en 14 años o mas, se debe a su origen castrense. Poco puede mandar porque no arranca su autoridad de la Comuna, origen sublime de los gobiernos libres. Es muy posible que de llamarse a elecciones municipales, el general Escobar tendría el voto de la ciudad.

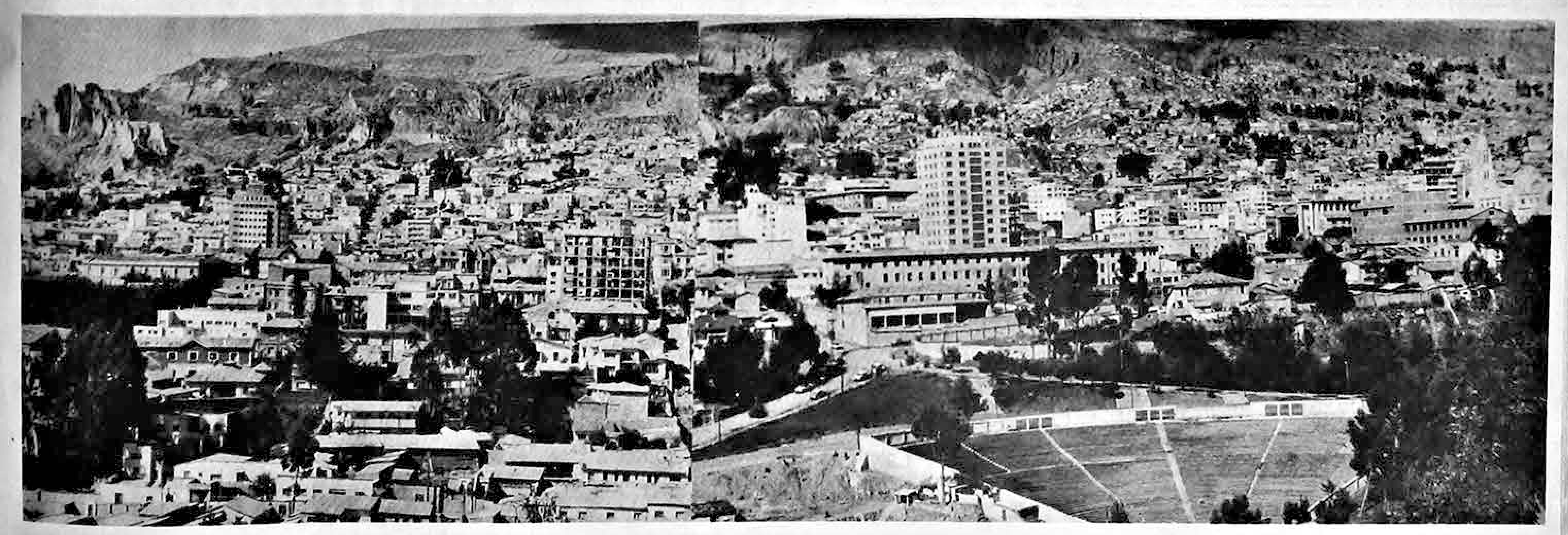
La Paz la odiada, es sin embargo, "el crisol de la Nacionalidad".

Con todo, La Paz es la más pintoresca de la ciudades de América. De noche parece Nápoles sin mar Constantinopla sin minaretes, al atardecer, cuando los moradores que le dan tinte y olor en el día, van trepando sus cerros, parece una ciudad alpina. Todo llama a que se la visite ahora sobre todo que la Luna no ofrece atractivo alguno. Al finalizar el siglo 19, los paceños - y hay que decir que las ciudades son ante todo, sus hombres-pretendieron imponer su hegemonía; el camino era la lucha por la federación y se hizo una revolución fratricida por la que cayó el Partido Constitucional y, se abrió una herida inmensa en el sur. Ganada la lucha no ganamos la paz sino a costa de olvidar la cuestión de la capitalía, en su día la más apasionante de todas y que lanzaba a nuestros padres a las batallas de los Cruceros. De no continuar Bolivia siendo república unitaria habría sido presa de la polonización por nuestros vecinos; así lo entendieron los liberales victoriosos y más aún el grupo intelectual paceño que aborreció a la revolución del 98. 70 años pasaron y La Paz creció se hizo fuerte con sus propios recursos y da más del 70% de éstos a los hermanos del interior Hoy la Nación se viene formando, gracias a los Dioses y a pesar de los hombres. Comparad a Bolivia con sus vecinos y oh, jóvenes de esta generación! os llenaréis de orgullo y de gratitud al poseer, mejor al ser poseídos amorosamente por nuestra tierra inmensa, rica, futuro albergue de una-humanidad dolorida y atemorizada que está en el mundo occidental.

El nacionalismo prudente y sano mora en La Paz; de aquí salen las ondas que unen a los bolivianos. Hay un invisible nexo, hace 20 años imposible, entre pueblos como el cruceño y el nuestro. Ya no somos los "collas opas" pues los "collas" perversos son otros los que hicieron gemir a su pueblo. Mientras más gente viene aquí, menos ha de sentirse el regionalismo improductivo y malsano; La Paz tiene mas de 100 mil cochabambinos, unos diez mil "gringos", unos 30 mil peruanos y con tal levadura se levanta un país que será Nación real cuando alguna filosofía política impere y que aleje el peligro del "pekinismo" y del "marxismo histórico" que no conmoverá nuestra bolivianidad Al hablar Prometeo a Hermes decía: "el tiempo va envejeciendo y enseñándolo todo" cuando sus cadenas ya no le martirizaban.

Los pasados gritos de "La Paz y nada más" de patrióticos borrachitos que algo significaban como algo dicen esas inscripciones que vemos en las paredes de: "Viva Belzu!" no son expresión de paceños de conciencia. Pero no nos equivoquemos: el paceñismo existe y se pondrá encima de las mascaradas políticas y de las combinaciones electoralistas si, amén de ser La Paz una ciudad ensuciada y envilecida, ha de ser humillada.

Juntas vecinales, una académica y venerable sociedad AMIGOS DE LA CIUDAD son apenas débiles instituciones y lo fueron más, en horas de despotismo y de temor Poco lograron en beneficio de una ciudad donde se halla el Gobierno, donde están las oficinas recaudadoras, donde se dan los banquetes diplomaticos y donde, para delicias de los turistas, rosarios de mendigos se alinean, asaltan hoteles y todo otro lugar público. Esta miseria nació el mismo día en que estiramos las manos a Estados Unidos para "salvar" una revolución, cuando se inventaron los cupos y se envileció la moneda. Pero hoy si se conmueve el paceñismo, estas lacras pueden terminar, no acorralando a los pordioseros en los "weekends" para soltarlos en días de trabajo, sino encarando el problema social que angustia a la Dirección de Turismo.





HERENCIA

Por

PORFIRIO DIAZ MACHICAO

Una suma total de lo que restan vida, la esperanza y el amor.

Al amor te disminuyes. Te fracturas. Te desintegras. Entregas lo tuyo y lo heredado, lo que fue de los abuelos.

Acaso, inconscientemente, al amor, estás regalando el triste corazón de tu madre.

¿Te formaba el amor para este desengaño de la tierra? ¿Salías de la carne fecundante para no volver a ella? Ese es el principio de la soledad.

Carne paseada por el deseo, purificada por el amor, destruída por la muerte. Carne de sonrisa en un día de esperanza. Y naciste.

Nacer es como quedar sumido en el abismo después de la gran conmoción del amor.

Por eso el hombre no nace. Se levanta, Se levanta y anda. Se levanta y anda.

No puedes gritar tu descontento. Serías infiel. Porque hay palabra que tu boca pronunció con una boca de otro tiempo. ¡Eres el hijo también!

Y el padre: eslabón en cadena. Irremediablemente encadenado.

Por eso tu sed no es tu sed. Es otra que el destino debe pagar al misterio.

Por eso dí, fuertemente, rebelde: -Padre mío, viajero de Dios, has debido beber, fatigado, un sorbo en la laguna lunada de la cordillera. Sin embargo no aplacaste tu sed. -¡Tu sed soy yo!...

Señor: soy desierto en herencia. Acaso soy tu propia sed.

Has debido beber, fatigado un sorbo en la laguna lunada de la cordillera. Sin embargo no aplacaste tu sed. Y tu sed es mía. Sed heredada.

En esas alturas la sombra es inútil. A nadie favorece. Por eso el mundo de la intemperie es mío.

Ibas a oír mis mejores palabras. Pero la muerte secó tus oídos del arrullo de los mimos. Y ya nadie me oye ahora: convertido en viento, hielo con mi voz la montaña.

Yo soy apenas un diálogo con los huesos, como una marcha inútil caída entre las grietas.

¿Qué sabemos de la sangre si ella se congeló en la catacumba? ¿Es que debemos conocernos por tí, ser antelado y perdido en el tiempo?

-Pues sí. Solamente yo- sangre helada -soy el lacre de todas tus cartas de esperanza.

Apenas somos una parte de nosotros mismos. Los otros son el paisaje, la tierra, los árboles, las montañas, los huesos podridos de los abuelos. Somos una suma total.

CASTILLOS EN ESPAÑA

E. A. JAUREGUI CUSICANQUI

¿. ' Construir castillos en España?/ En tu sueño la dicha alcanzarás, acaso/ Pero será en vano. !'' Frases son éstas todavía de uso corriente, a menudo citadas en las obras literarias, y con las que invariablemente se expresa, en primer término, algo bello, algo quimérico casi, o, a veces, lo que es frágil o fugaz; o un ensueño, un sentir de lo remoto, de lo que inalcanzable parece! Por cierto que lo bello y lo profundo con frecuencia lo es.

Los críticos consideran el "Romance de la Rosa" como la composición poética más extraordinaria del Medioevo. En realidad no es una sola pues está formada de dos notables y bellísimos poemas - diferentes en estilo, de época distinta y debidos a dos plumas admirablemente bien recortadas pero dispares, como es diversa la inspiración que animó a sus creadores.

Corresponde la primera parte - que es la menor - a Guillermo de Lorriz y la segunda a Juan de Clopinel, a quien la posteridad conoce como a Juan de Meung, en recuerdo del pueblo que lo vio nacer. Lorris es también el nombre de una sonriente villa situada en la sonriente región entre Orleans y Montargis - la "douce France", eterna inspiradora. En la festiva primavera de su juventud, Guillermo el trovador canta apasionadamente a la elegida de su corazón, empleando para ello más de cuatro mil versos de impecable factura.

Los tratadistas y entre ellos el profesor de la Universidad de Oxford, Edward DOWDEN, ve en esta composición, - en sus alegorías de gracia rebosantes en cuadros acabados de brillante descripción, en la viviente personificación, en el análisis profundo a la vez que ingenioso de la humana pasión - el completo "Arte de Amor" medioeval.

El asunto del poema reviste grande sencillez. Coger el capullo de la Rosa, protegida por un seto de espinas, en el jardín de la Diversión equivale a la conquista de encantadora doncella. Y coger el capullo se propuso el amoroso Viandante. De ella el natural Recato, su Orgullo, sus virginales Temores, de una parte; y de otra su Compasión, su Amabilidad y Jovialidad, forman como en nutrido séquito: los amigos y protectores y los que no lo son. Lo real y lo fantástico en suave armonía entremézclase; la singular aventura acaecida en el dominio del Sueño.

Realizando un paseo a orillas de un río de cristalinas ondas, quien teje ensueños, el protagonista afortunado encuéntrase de pronto frente a los muros de un castillo encantado... Encantado tenía que ser! En los paredones observa las figuras pintadas del Odio, la Tristeza, la Envidia, a quienes hacen compañía la Pobreza, la Vejez. Sin impresionarse por ellas, franqueando barbacana florida y puente levadizo de portento, ingresa al interior, donde halla un hermoso jardín, dominio del apuesto Déduit (la Diversión), cuyas verjas de verde engalanadas cuida celosamente la intrigante Oiseuse (la Pereza). Sobre el césped color de esmeralda danzan la Belleza y el Amor.

Herida por dardo certero que dispara el dios Amor, dorado carcaj pendiente del cinto, la ROSA le rinde pleitesía y escucha sus deseos - luego en órdenes convertidos. BEL ACCUELL (Gentil Acogida), hijo de la Cortesía, lo invita a aproximarse a la Rosa del Ensueño pero el Peligro y sus graves acompañantes, lo disuaden de dar remate a tan alocada empresa.

Entretanto, la Razón desciende de almenada torre y discurre extensamente contra el Amor. Apréstase el Amigo a ofrecer una frase de consuelo. . Finalmente, el amoroso visitante es admitido junto a la guardada flor! El capullo maravilloso, a medio abrir, le otorga - suprema recompensa! - un beso. Pero la Felicidad en el rosado reino de la fantasía amorosa como en la prosaica existencia de la Tierra, es de muy efímera duración.

Los Celos, aleccionados por la Ira, como por arte de encantamiento, levantan cercos y muros infranqueables alrededor de la Rosa Bel Accuell es encarcelado y el fin del poema no es sino un grito de doloroso lamento proferido por el curioso y amoroso Viandante que Ensueño había guiado al recondito refugio de la Felicidad. Por un breve instante - consuelo es, aunque pequeño - ha conocido a éste y a su hermana la Dicha!

Si Guillermo de Lorris se destaca como el fino y gracioso expositor de lo que podría denominarse convencional doctrina del Amor, fiel seguidor de las enseñanzas del maestro Ovidio; decorador hábil de las ideas de su tiempo, profundamente impregnadas de las bellezas clásicas de la antigüedad; rindiendo, caballeroso, verdadero culto a la mujer; Jean de Meung en cambio, se muestra, en la segunda parte que le debemos, el poeta fogoso, apasionado, positivo.

De su laúd arranca sonoras notas, algunas hasta disonantes, cuidándose poco de sutilezas y elegancias. Especula, osado, con cuestiones del dominio científico, así como del político y aun del social. Fue el de Lorris principalmente, un auditorio selecto, aristocrático No lo fue tanto el que más tarde admiró a de Clopinel inspirado en Boecio, particularmente en su "De Consolatione Philosophiae", así como en el "De Planctu Naturae" De Alain de Lille a quien con sobrada razón el siglo XII lo había proclamado su "doctor universal". Entre los dos bardos el contraste es digno de nota.

Pero entre los dos nos han legado un sorprendente poema que ha ennoblecido y ha dado luz a los siglos medios. Impugnadores hubieron numerosos como numerosos son los panegiristas del tiempo ido y del nuestro. Si otrora se sostuvo que su influencia en el progreso de la literatura fue enorme, hoy - disponiéndose como se dispone de valiosos elementos de juicio - se la reconoce menor; pero por haber animado tan armoniosamente el arte de la alegoría y la personificación, esa influencia ha sido y continúa siendo, de incuestionable trascendencia.

En la primera niñez tuve la suerte de escuchar, sobre las faldas de mi abuela, las viejas consejas de Perrault. Anciana adorable, mi abuela, conocía aquellos cuentos y los de Grimm y Andersen; acosada por mi insistencia, mi curiosidad o impaciencia, sin duda inventó otros, que por saberlos de su cosecha, no he olvidado a través de los años. Con sinceridad declaro que en esa época - como los niños de mi época - creía a pie juntillas en princesas de hermosura sin par, en príncipes y paladines, en caballeros de pro y, naturalmente, en aquellas bodas de ensueño y fantasía; en el merecido galardón que llegaba, si bien tarde, en ocasiones, pero que finalmente llegaba a poder de quien se lo había ganado en buena lid, recibiéndolo casi siempre - y en ello radicaba la principal belleza del cuento - de manos bellas y generosas, gesto que centuplicaba su mérito y valor.

Pero sobre todo creía en la existencia de aquellos castillos de prodigio que figuran en toda conseja, únos fabricados de cristal, otros resplandecientes de oro y plata, en un instante construídos al toque delicado de la mágica varita de las hadas. Y castillos construí, con la imaginación o con aquellos juguetes modestos de otras épocas, o con guijarros y arena del jardín..

He pensado siempre en ellos, y aún hoy que mis niños - a quienes he repetido relatos nunca olvidados - han dejado de serlo; aún hoy cuando otra generación me encuentra con las sienes ya plateadas y a la búsqueda afanosa, nuevamente, de los viejos juguetes en el viejo arcón, creo en ellos, pues creer en ellos, creer un poco en aquellas suntuosas residencias y en sus habitantes y en lo que hicieron todo ello aureolado por la fantasía y la imaginación, es volver, aunque no fuera sino un instante, a la época más bella que Dios nos depara en la vida.

Y así, comenzaré como es de rigor hacerlo al referir un cuento de hadas.

Erase una vez..

Castra, castrorum, voz latina del género neutro, número plural. De la lengua de Horacio, también proviene el diminutivo "castellum" y así, hasta llegar al vocablo propio de nuestro idioma: Castillo. Fortaleza aislada, construída en lugar dominante para la defensa de pueblos y comarcas.

La nota etimológica a punto, útil acaso y la breve descripción al caso viene pero el castillo es algo más.. Al pulir notas de viaje de otro tiempo, recuerdo hoy de algunos, de aquellos de los que la Madre Patria España posee en gran número que son verdaderamente, algo más, mucho más. .

Y a guisa de introducción de un mundo maravilloso en el que deseo penetrar una vez más, acudo a un guía que rival no tiene. En su magnífico prólogo a la obra de Ortiz Echagüe Fray Justo Pérez de URBEL de esta manera nos ilustra:(*)

"Hay una belleza innegable en esas escarpas o en esas colinas coronadas por la silueta trágica de una fortaleza, sea la torre solitaria centinela del valle que la rodea, o el bosque de cubos y torres de la alcazaba mora o el alcázar, que a las necesidades de la defensa une las comodidades de la vida cortesana; o el castillo roquero, con sus fosas y múltiples recintos y sus torres exagonales, sus cubos redondos y sus pesados garitones; castillos de piedra o de ladrillo de cien estilos distintos, que revelan el genio y la inventiva, la ambición y la grandeza de sus constructores. ¿Qué importa que muchos estén ruinosos medio desmantelados?"

"Las mismas ruinas tienen un hechizo que ninguna restauración podría superar. Diríase que al caerse aquellos muros.. se derramaron en torno las esencias de dramas bárbaros, de epopeyas sangrientas, de heroísmos y atrocidades, de galanterías y traiciones. Esas ruinas nos recuerdan al origen de los linajes, las hazañas que merecieron baronías y marquesados. En ellas están grabados todavía los blasones de las casas más ilustres.. Y si unos nos recuerdan una defensa memorable a estilo numantino, otras hablan de sucesos terroríficos y resumen los capítulos más sombríos de la mitología española. "

De la grandeza y la ampulosidad también. López Alarcón así recuerda a un antiguo gran señor de las Españas:

"Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes,
Mil siervos en la falda de los Andes,
Calderas y pendón horca y cuchillo;
Un condado en la tierra montañesa,
Un fraile confesor de la condesa,
Diez corceles cien pajes y un castillo".

(Continuará).

(*) ESPAÑA-Castillos y Alcázares
José Ortiz Echagüe
Editorial Mayfe
Madrid/1958.



LOS INDIOS CHIPAYAS O EL GRUPO ETNICO MAS ANTIGUO DE AMERICA

Por RUBEN RUIZ CAMACHO

Los chipayas constituyen hoy en día, un grupo de aborígenes que sobreviven a orillas del río Lauca, situado en el departamento de Oruro en la República de Bolivia. Se autodenominan descendientes de los chullpas, antiguos moradores, que según la leyenda se escondieron en canastas de bejuco cuando repararon, por primera vez en el sol.

Es un puñado de aborígenes, (aproximadamente 1.000 personas), segregados de una raza poco conocida y por lo mismo de origen hipotético, lo que da lugar a conjeturar si es o no, la raza más antigua del Continente americano. Por lo mismo se sostiene, que los aymaras les temen por su procedencia, y la convicción que tienen de superioridad, los induce a tratar a éstos con altivez y orgullo. Sin embargo, realizan entre ambas razas intercambios comerciales.

Prefieren pasar hambre. Sus hábitos son singulares: emplean como cama, lechos fabricados de tierra húmeda. Se sustentan únicamente de papa, quinua y chuño, (esta última, papa deshidratada muy común en la alimentación del altiplánico). No comen carne, porque sus creencias supersticiosas les prohiben sacrificar animales.

En la región que ocupan no pueden sembrar otros productos de los anotados anteriormente, porque la tierra es infecunda, dada su alta cantidad de sal. Cultivan papa y quinua, recogiendo siempre cosechas exiguas para su alimentación. La siembra la efectúan con un palo puntiagudo que es clavado con violencia en la tierra, para formar un agujero seco y salino, que sirve para depositar la semilla. Se dice, que prefieren pasar hambre antes que inmiscuirse con los aymaras.

Mallcus: nombres de sus dioses. Sus dioses favoritos son el sol, el río y la luna, que adoran en festividades y ritos especiales. El nombre que le han aplicado a sus dioses es el de mallcus, que tiene cierta afinidad con el nombre Mallcu que en aymara significa cóndor.

El lenguaje uru-chipa. Su lenguaje es el uru-chipa, cuyo vocabulario es distinto en sus expresiones con el ay-[illegible] Es considerado por los estudiosos en el tema, como el primer lenguaje hablado en Bolivia desde épocas que se remontan más allá del imperio incásico.

Su indumentaria. Los pocos hombres que restan de los chipayas, usan un vestido muy parecido al tipoy, vestimenta similar con la que se cubren algunos nativos del oriente boliviano. El tipoy es hecho de pura lana y consiste en una tela rústica y tiesa. Este tejido es preparado con telares de origen autóctono de la época precolombina. Además del tipoy y para protegerse de las inclemencias de la altipampa, se añaden una manta estilo pocho doble, que es conocido con el nombre de capa chipaya.

La indumentaria de la mujer, es más complicada, pues se viste envolviéndose el cuerpo, desde la altura de las axilas hasta la terminación de los tobillos, con una tela gris o negra, que es sujetada por kits, (ganchos de plata que sirven para asegurar y adornar sus ropas). En los tiempos de fuerte sol, las chipayas se cuidan el cutis con un gorro de jerga, llamado urkuña.

Sus peinados. El peinado es la particularidad más importante de la mujer chipaya, y reside en un sinnúmero de trenzas minúsculas y finas, skurus en lenguaje uru-chipeño, las mismas que son adornadas con un prendedor que denominan laurake, hecho con pedazos pequeños de huesos planos y que distinguen a las casadas de las solteras.

El hombre se corta el pelo a ras de totuma, corte semejante al que usan algunos indios en las riberas del río Putumayo. Después del corte se cubren la cabeza con un gorro parecido al llucho de los aymaras, pero se diferencian, en que las orejeras del gorro aymara son largas, mientras el chipaya es de orejeras cortas y de tejido mucho más fino que el otro. (Ver foto).

Los instrumentos musicales y su música. Sus instrumentos musicales son: las quenas; una ancha y recta, y otra de forma curva, ambas manufacturadas con pequeñas piezas de un arbusto que sirve de combustible y que se le conoce comunmente con el nombre de thola; se cree, que constituye única quena curva en todo el globo.

También usan el ayo, piedra periférica que emite singulares sonidos a través de un hueco en la parte central y que junto con el ruido de los otros instrumentos, hace brotar una música gruesa, pausada y melancólica; el ayo emite diferentes sonidos, dependiendo ello del tamaño de la piedra y de la forma en que se la sople.

Pero el instrumento más popular y conocido, es el tambor cuadrado.

El tambor chipaya tiene la peculiaridad de ser muy pequeño, pues apenas alcanza quince centímetros de diámetro por cinco centímetros de alto. El cuero que cubre la pequeña armazón es de llama curtida. Se estima que este instrumento pertenezca a la etapa precolombina pues su construcción tan extraña, aleja el parecido, que pudiera tener con el que introdujeron los peninsulares en la Conquista de América.

Una distancia prudencial en los bailes. Los bailes que ejecutan los chipayas en sus festividades, son sencillos y de monótonos movimientos. Los bailarines se toman de las manos, guardando una distancia entre ambos, que podríamos llamar prudencial, para el fácil desenvolvimiento de la danza. Untos los pies y en posición altiva principian el baile, jalándose las manos con débiles impulsos. Los pies permanecen juntos, sólo el cuerpo se balancea con sosegada armonía, de derecha a izquierda y viceversa.

Aguateras del Nilo. La cerámica chipaya es desconocida. Los objetos que usan para comer u otros menesteres, son traídos de regiones muy lejanas a las riberas del río Lauca. Asimismo, las indias chipayas se proveen de agua, transportándola en tinajas de barro cocido, labor que realizan con un salero especial, que nos hace recordar a las antiguas aguateras del Nilo.

Y para terminar este somero informativo que, por otra parte puede ser materia de un estudio futuro mayormente profundizado, se hace notar, como última información, que desde tiempos inmemoriales, los chipayas fueron y son artífices en la fabricación de vistosas canastas de paja y bejuco. No hay que olvidarse, que al reconocer al sol, se escondieron en canastas fabricadas especialmente por ellos.



"Angustia", xilografía de D. Genaro Ibáñez

MARTA

Por ANA MARIA SALGADO DE BARROSO

La vieja se llamaba Marta. Iba sobre la mula envuelta en su pañolón, y sus ojos, cercados de negras ojeras, fulguraban. Al paso de la bestia, rodeándola, caminaban los sobrinos. Cinco sobrinos y herederos. Uno de ellos tiraba del ronzal. Los demás andaban dando tropezones por la tierra, tan seca como las entrañas de un avaro.

La comitiva, oscura y silenciosa, llegó a las primeras casas del pueblo, adentrándose por una calleja. Era sinuosa y pina. A cada lado se abrían pequeños portales encalados por los que salía un chorro de frescor. El sudor se hacía escalofrío en los caminantes que apresuraban el paso deseando llegar pronto.

Entre dos bajaron a la anciana, mientras las mujeres sacaban de las alforjas pimientos y cebollas, melones y una ristra de ajos confundidos con las ropas. Chirrió la puerta y un fuerte olor a suelo de ladrillos, a polvo y humedad les azotó

El hogar apagado daba sensación de soledad. Las mozas se apresuraron a poner un poco de orden, y de las vieja cómoda de caoba empezaron a sacar sábanas de hilo amarillento, toallas con randas de encaje y una colcha moruna con dibujos egipcios. Aposentaron en la cama a la vieja y uno de los hombres llamó al médico.

Cuando vino, todos rodearon a la enferma que, sin hablar, miraba con ojos tranquilos todo lo que acontecía a su alrededor. La cara era como un viejo pergamino, quebradizo y pespunteado. Bajo la piel, la muerte asomaba su feo rostro. En silencio recorría el doctor su cuerpo. De pronto, la tapó y salió fuera. Ellos ya sabían, pero la certeza puso extrañas sensaciones en sus almas. El médico les dijo:

-- Avisen al cura.

Esperaron que saliera, despidiéndole hasta la puerta con inútiles recomendaciones. "Cuidado con el escalón... Agache la cabeza..."

Después todos hablaron a la vez:

-- ¡Ha dicho que se llame al cura!

-- ¡Nosotros somos del campo y no entendemos de eso!

Las mujeres dijeron:

-- Habrá que llamarlo, porque si no ¡qué dirán las vecinas!

Los hombres se miraron. Los tres eran morenos, en esa edad en que lo mismo se puede tener cuarenta y cinco años que sesenta. Astutos, miserables. Uno se atrevió a preguntar:

-- ¿Eso cuesta dinero?

Pero la pregunta había estado ya en el corazón de todos.

Ellas hablaban:

-- Sacaremos la colcha de encaje, pediremos a una vecina dos macetas de pilistras y habrá que dar a todo un buen fregado.

-- Si lo hubiéramos sabido, las macetas del campo. ¡con lo bonitas que están ahora!

Rodearon la mesa para comer un bocado. La plática continuaba.

Queso y pan. Morcilla dura del invierno pasado, de vez en cuando un trago de vino. Malo, pero barato.

-- Me gustaría haber sabido que la teníamos que traer y así no hubiese tenido que ir el notario al campo. ¡Quinientas pesetas! Esta mañana he visto vender un burro en ese dinero. ¡Con la falta que nos hace un burro!

La más joven dijo:

-- Yo venderé mi parte y me voy a la capital. Quiero ver mundo.

La miraron asustados, pero ella mantuvo la vista firme, sin rendirse.

-- Pues, yo criaré gallinas y pollos, pondré una granja con adelantos modernos. A ver si salimos de esta miseria. ¡Mira que la tía... que todavía lleva puesto el traje del luto de su madre que murió cuando yo tenía dos años!

-- Mejor así nosotros heredamos más.

Llegó un pariente a preguntar por la enferma. Las caras que habían brillado de codicia se cubrieron de hipocresía. Arrastrando las sillas se pusieron de pie. Y como corderos, se encaminaron al cuarto de Marta. Cuando rodearon la cama se inclinaron solícitos.

Sólo vieron que estaba muerta.



VISITA A DON GENARO IBAÑEZ

Por PEDRO SHIMOSE
Fotos JOHNNY ALBORTA

Da pereza hablar de Don Genaro Ibáñez. Son de sobra conocidos y reconocidos su talento y su don de gentes que, al insistir sobre el tema, uno cae en el peligro de la repetición empalagosa.

Me arriesgo, no obstante, y corro el albur.

Después de vivir durante once años en España y de haber estudiado en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid, un año de esos, Don Genaro se presentó en la capital española con una colección de aguafuertes, dibujos y grabados en madera. Su exposición obtuvo un buen éxito, a tal punto que Don Manuel Castro Gil, Director de la Escuela de Artes Gráficas, declaró que "Genaro Ibáñez honra de sobra a Bolivia al ser honrado sobre el suelo español", sobre todo - prosigue el maestro español - "en las estampas de madera" en las cuales "se afirma de una manera vigorosa y noble su competencia cuando acomete en los asuntos vernáculos y costumbristas de su patria".

Aparte de Castro Gil se manifestaron en igual forma los críticos de arte de la prensa madrileña. Se da por descontado el entusiasmo que puso entonces el señor Julio Moisés, Director de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Hoy, después de casi un cuarto de siglo, Don Genaro Ibáñez vuelve a los salones madrileños con treinta y siete monocopias xilografías y aguafuertes. Quizás cuando se publiquen estas líneas, nuevos comentarios halagüeños al artista y su obra -su única recompensa, al final de cuentas- irán a nutrir el ya copioso conjunto de éxitos que jalonan la vida del máximo grabador boliviano en lo que va del siglo.

Don Genaro me dice, en su residencia de Obrajes, que bajo los auspicios de nuestra embajada en Madrid, se exhibirán allí algunos de sus últimos trabajos. Luego se anticipa la aparición (para abril o mayo) de un álbum de dibujos y grabados que se titulará "Santuario de Copacabana". Me enseña varios grabados suyos mientras surgen comentarios en torno al Arte la Pintura y el Grabado.

Don Genaro es un hombre de edad otoñal y un artista en edad siempre primaveral. Sus ideas, sus afanes y sus preocupaciones giran en torno a su trabajo. Espíritu inquieto el suyo, irradia ideas, ideas e ideas que, al final, quedan detenidas en el lienzo o en la plancha de metal o madera.

"Quiero hacer otras cosas... dentro de otro concepto pictórico..." Considera el Arte como "una interpretación de la naturaleza". "Uno se sirve de la naturaleza... lo que interesa es interpretar la naturaleza... desdibujar lo ya dibujado por una mano invisible..." Me cuenta, asimismo, su predilección por el grabado. El dramatismo de la antítesis luz y sombra le subyuga. "Lo que consigo en el grabado no lo podría obtener en la pintura" agrega.

Don Genaro se mueve por su taller con una fruición al descubierto. Allí está su vida, su destino, y entre un cuadro y otro cuadro, observamos trasuntada la agonía creadora de aquel artista que, por tres continentes, ha paseado su arte y difundido nuestra cultura. Más de cuarenta y dos exposiciones dan crédito de una vida consagrada por entero al Arte. Rusia, Checoslovaquia, Francia, Alemania, Hungría, Estados Unidos de Norteamérica, España y países hispanoamericanos y africanos, conocen la obra de Don Genaro. Dios mediante, el artista iniciará al año una gira por el norte de América, Europa y Japón.

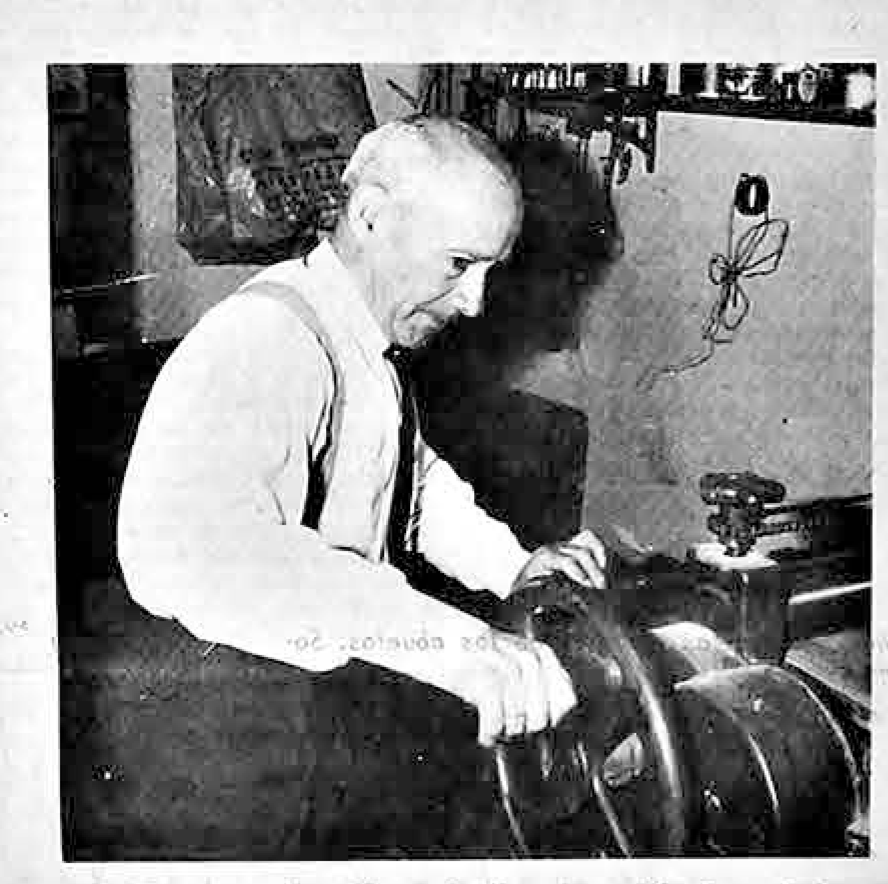
Don Genaro se da cuenta de mi estado de abstracción y me vuelve a la realidad de l cuarto iluminado. Registra sus bocetos, me muestra unos proyectos y me dice: "Voy a hacer unos grabados dentro de lo formal pero que tenga hondura, sin degenerar en el cartel ni en lo meramente decorativo".

A estas cualidades de Don Genaro, se suman otras no menos ponderables. Veinticinco años de profesorado en la Escuela de Bellas Artes (de la cual fue Director en 1948) dan testimonio de su generoso espíritu que, no conforme con divulgar su sabiduría y su arte en las aulas, se esmera porque sus discípulos adquieran una mayor destreza en el uso de implementos técnicos de los cuales carece la escuela donde él enseña. Así, pues, periódicamente el maestro marcha con sus alumnos hasta su taller particular. Allí les informa sobre el manejo del tórculo y sobre otros materiales.

Cordialísimo y expansivo en su charla, Don Genaro nos narra dichos y hechos de personajes que él conoció. Opiniones, comentarios y críticas de Gabriela Mistral, Ramón Gómez de la Serna Oscar Cerruto, Federico Ribas, Gustavo Adolfo Otero y muchos otros más hablan de este hombre cuya fama ha sido labrada en base a esfuerzo, estudio y sacrificios, en soledad y silencio, al amparo de una familia que lo ama y estimula.



El artista en su taller. La fama de este hombre ha sido labrada en base a esfuerzos, estudio y sacrificios, en soledad y silencio...



Dn Genaro en plena labor.- Se dice que su tórculo es único en Bolivia.



Con sus hijos María Rosa y Juan José en su jardín de Obrajes. La paz reina allí donde reina la belleza.



POTOSI Y SU MORFOLOGIA

Por LUIS E. HEREDIA

Diferentes sociólogos subrayan que, en etapas superiores la ciudad constituye una forma superada de la tierra madre. En este sentido, se hallaría condicionada por la topografía y por la naturaleza de su paisaje rural que le otorgaría un perfil, un "rostro" -en su conceptiva spengleriana-, una morfología.

Así también es posible demostrar que, en idéntica forma cómo se obtiene la edad de un árbol por las vetas que el tiempo y las sequías hubieran tatuado en su corteza y cómo el geólogo determina la edad de la tierra por sus sedimentos, igualmente, en forma similar, es posible prefijar el desarrollo y crecimiento de una ciudad en términos de espacio-tiempo.

Y para ilustrar estas premisas, y refiriéndonos a Potosí, afirmaremos que las distintas zonas sedimentales o las vetas urbanas que atestan su historia citadina y su interpretación sociológica, son ostensiblemente objetivas: sino ahí está el caserío minero adherido al Cerro Rico, constante económica de su fundación, sin haber sufrido grandes transformaciones ni apreciables mutaciones desde el año de gracia de 1459, fecha cierta del descubrimiento de la riqueza argentífera del Sumac Orcko y su natural secuencia: la fijación y asentamiento de ese caserío o, más propiamente, del primer campamento minero erigido a su vera, casi sobre el mismo faldío ocre...

Y más tarde, con la constante fluencia de masas indígenas a la Mita y el fabuloso repunte del "Monstruo de Plata", se acusa ya el crecimiento urbano, traducido en la incontenible marea del avance citadino de la Inperial Villa, patentizado no únicamente pr la profusión de sus templetes y campanarios de adobones crudos sino por la aparición de un fuerte y saludable sentimiento de perennidad, revelado por el sillar, el imafronte, la portalada exquisitamente labrada en nobilísima piedra de cantería.

De ahí que la historia urbana de Potosí esté patentizada por esos "sedimentos": por la manifestación gradual de esas ondas urbanas, diríamos claramente delimitadas y, sin embargo, con personalidad y espíritu diferentes que las singularizan y distinguen.

Así, no nos casaremos de subrayar sobre el perfil de los campamentos mineros de Pailaviri y Velarde y de los primitivos "ingenios" de la ribera arrasada, por lo demás, hace siglos, por un inesperado reventón de las lagunas de calicanto: obra singular de la artesanía colonial.

Pero más allá de esta onda urbana genuinamente mineril, queda el centro señalado por la ceñuda presencia del castillejo de la Casa de Moneda: perenne símbolo del Poder público colonial. y la barroca catedral de "La Matriz" que singularizara a las amuralladas ciudadelas del medioevo español; la alcaldía: sede del gobierno comunal distante y distinto en su espíritu al de la Corona metropolitana y ultramarina; la Casa de Usticia casi diríamos parroquial en sus proyecciones; la Prefectura, frente al Municipio, representando al Poder lejano; el mercado o recova reconstruido con mediocres alardes de un laico modernismo.

Y allí: la periferia de novísimos barrios ensanchados: el Potosí nuevo de calles quietas descendiendo hasta el suburbano hospital "Bracamonte" y también el "alcko rancho" -el rancherío de perros-, nominado así tal vez por ese exclusivista subconsiente citadino que reservara esa designación un poco cruel y recelosa para toda corriente foránea, para el arribismo ciudadano.

(Pasa a la Pág. 4)

EL MAR OBJETIVO PERMANENTE DE LA NACION CON MONTES SAAVEDRA Y SILES

Por FELIX TABERA R.

- I -

Frente a la dolorosa conclusión de la guerra de conquista del Litoral boliviano por parte de Chile, no quedaba otra cosa que aceptar precariamente como perdidosos la paz impuesta por el vencedor en las condiciones estipuladas en el tratado de 1904, para evitar así mayores daños a la nación, ya que por nuestra inestable economía y la hambruna que sufría el pueblo, habría sido imposible evitar la ocupación de los Lípez y otros territorios con que el conquistador amenazaba.

El partido liberal, consciente de su deber, asumió las responsabilidades históricas de la hora y, en actitud digna y resuelta que le honra, desde el momento mismo de la firma del tratado, se dio animosamente a la noble tarea de reconstruir la patria a base de disciplina, orden y trabajo.

Pronto recuperó la economía de la nación apoyándose en los principios de la iniciativa privada y la libre empresa, en la seguridad y convencimiento de que en una sociedad de veras democrática, es la única manera de crear riqueza; afirmó la moral pública y privada, levantando la ley por igual por encima de todas las cabezas sin distinguir rangos ni títulos ni gobernantes de gobernados; con la misión belga, tecnificó la enseñanza y sembró las bases científicas de la educación escolar en normas pedagógicas; con la misión militar alemana, estableció el servicio militar obligatorio y convirtió los cuarteles de centros de politiquería y conspiración permanente, en templos de civismo y del cumplimiento del deber austero, por la fuerza de la disciplina y el carácter de hierro de sus cuadros, donde se formaban miles de miles de conscriptos anualmente y que volvían al seno de la sociedad capacitados para la lucha por la vida y, lo más grandioso, los analfabetos, sin que cueste el erario nacional más del pre establecido por soldado, orgullosamente exhibían sus libretas de licenciamiento en las que se afirmaba positivamente que sabían leer y escribir correctamente; además, se construyeron caminos, cuarteles, escuelas y se hizo la penetración profunda hacia el Oriente y el Sudeste fundando fortines y poblados y se ejerció plena soberanía en el Noroeste estableciendo guarniciones militares permanentes y dotando de lanchas para la navegación en los ríos con personal técnico traído de Alemania.

Así pues, el Ejército Nacional, estructurado bajo los moldes del prusiano y alejado totalmente de toda influencia política, pronto se constituyó de veras en institución tutelar de la patria y en árbitro de la ciudadanía toda que le entregó su confianza y sus simpatías en reconocimiento de sus virtudes morales y cívicas.

Montes, autor esforzado de esta obra de milagro, se agiganta más cuando luego de reedificar el altar caído de la patria sobre los escombros de la guerra del '79 y presentar al cabo de unos escasos veinte años de incesante labor cotidiana, ante las naciones del Continente y del mundo, un país resplandeciente, fuerte, digno y dueño de su propio destino con una doctrina político-militar llamada "practicista" capaz de resolver su problema marítimo, en momentos y circunstancias en que Chile parecía dispuesto a cumplir con su compromiso y no deseaba tener frontera con el Perú y éste, daba pruebas de decidirse a entrar en negociaciones para liquidar toda cuestión emergente de la Guerra del Pacífico, quizás por aprensión a Bolivia militarizada.

Pero estaba escrito que tanta grandeza no alcanzaría la patria, porque, inesperadamente sus rumbos históricos fueron trastrocados por los de una revolución que dio al traste con la tesis practicista primero y luego por los de una guerra que nunca debió hacerla Bolivia: La Guerra del Chaco.

Pero no prosigamos tan de prisa y sin dejar sentado primero, que Montes, como boliviano, como político, como soldado y esclarecido estadista y mejor gobernante supo elevarse para bien de este país, hasta la virtud y el patriotismo que pocos remontaron como organizadores de la nación. El Ejército Nacional, al que le había dedicado todos sus desvelos, brilló sin mácula durante veinte años por los horizontes de la patria y fue el orgullo de todos los bolivianos.

- II -

Y sobrevino la revolución del 12 de julio de 1920, después de cerca de un cuarto de siglo de paz, orden y trabajo en que se desenvolvía el país, echando por tierra la tesis practicista y abriendo el camino a la tesis reivindicacionista proclamada por Saavedra y los republicanos, lo que hizo pensar no sin fundamento, sobre la influencia peruana en ese suceso político por aquello de su temor a Bolivia económicamente fuerte, militarizada y abiertamente definida en cuanto a su política portuario por la vía de Arica.

Chile, al estallido de "la gloriosa", así se llamó al pronunciamiento militar de un sector del Ejército en 1920, por boca de su Canciller dijo que Bolivia no sabía lo que quería e "ipso facto" movilizó veinte mil hombres sobre su frontera norte, no como una medida de previsión contra el Perú, porque por aquel tiempo esta nación no tenía mayor significación ni económica ni militarmente, sino por cuidado a Bolivia de que un día rodara como un incontenible alud sobre Antofagasta.

Este solo detalle es más que suficiente para probar cuánto había crecido y progresado Bolivia en aquellos tiempos más felices que los actuales; por ello fue que Chile para quitarse de encima tan grave amenaza y desviar el golpe o cuando menos buscar el desgaste de la nación, se dio a la sutil tarea de persuadir al Paraguay de que la guerra era la única solución al problema chaqueño y, más tarde, entendiéndose con el Perú, logra convencerle por la inclusión en el protocolo de 1929 la abominable cláusula por la que ambos se constituyen en carceleros de Bolivia.

Aquí, es de equidad y es de justicia reconocer que tanto Saavedra como Siles, no se dejaron llevar por las argucias de la diplomacia chilena con relación a su firme propósito de ir a la solución arbitral del pleito con el Paraguay y mantenerse irreductibles en cuanto a su tesis reivindicacionista.

Saavedra, político vehemente, sociólogo y conocedor profundo de la psicología humana, luego de haber triunfado como líder del movimiento del 12 de julio y comprendiendo que la fuerza es tan indispensable como la justicia para el gobierno de los pueblos y la celosa observancia del derecho internacional, no vaciló un instante en poner orden y disciplina en la institución armada sabiendo que son indispensables porque sin honor no puede haber ejército aunque la nación puede existir en la anarquía.

En apoyo de estos ideales y consecuente con su postura reivindicacionista, llamó rápidamente a Kundt para encomendarle la Jefatura del Estado Mayor General, quien, con el prestigio dejado en el país como jefe de la misión militar alemana en 1914 y la aureola bien ganada de excelente conductor de tropas a órdenes del Mariscal Hindenburg en la Primera Guerra Mundial, en poco tiempo recuperó la disciplina quebrantada en la cuartelada del 12 de julio y con el apoyo de sus enseñanzas y transmisión de sus experiencias adquiridas en los campos de batalla en el frente ruso, pronto le devolvió al Ejército su valimiento y prestigio ante el consenso nacional.

Además, aferrado a su propósito reivindicatorio, Saavedra reforzó convenientemente la cobertura de la frontera occidental y le prestó al Perú colaboración técnica y de dirección en la construcción caminera del sur, en función de intereses mancomunados entre ambas naciones.

Lo más interesante, trabajó a toda máquina la conclusión del ferrocarril Atocha-Villazón, el camino Villazón-Tarija y la importante vía Potosí-Sucre que, además de ser obras de interés comercial y de vinculación, servían para un franco acceso al Chaco y forzar de este modo al Paraguay a someter cuanto antes a juicio arbitral el litigio de marras.

- III -

Siles asumió el poder bajo los mejores auspicios y con el beneplácito unánime de la institución armada, porque, cuando desempeñó la Cartera de Defensa, supo captarse las simpatías generales de sus cuadros, por sus condiciones y facultades personales y su gran señorío y don de gentes que le distinguían.

Afirmó la tesis reivindicatoria de su partido y se mostró decididamente inclinado por la solución pacífica del pleito con el Paraguay, sin descuidar naturalmente la preparación de la defensa de aquella frontera como una elemental medida de previsión.

Trabajó la carretera Tarija-Villamontes y apresuró la conclusión del ferrocarril Potosí-Sucre y el camino Potosí-Camargo-Tarija.

Dotó de armamentos modernos a las tropas del oriente y sudeste e hizo de Puerto Suárez y Villamontes centros o ejes principales de los servicios logísticos y, lo más importante, constituyó por primera vez dos Divisiones en pie de guerra en Puerto Suárez y Muñoz.

Entre tanto, el grueso, o sea la masa del Ejército, con armamentos ultramodernos adquiridos en Inglaterra por su gobierno, hacía la más severa vigilancia en la frontera con Chile.

En 1928, a raíz de los sangrientos sucesos de Vanguardia, Siles obtuvo el más brillante éxito político-militar, derrotando en diciembre de aquel año al Paraguay en Boquerón y Mariscal López, sin desplazar un solo hombre de las guarniciones del Altiplano.

Con extraordinaria habilidad, se deshizo de sus desafectos y oponentes políticos, así como de los patrioteros que movidos por la mano oculta de la diplomacia chilena pretendían agravar la situación internacional, enviándolos al Chaco para que sufran en carne propia los rigores del clima y los efectos de la sabandija y los mosquitos y, en fin, se den cuenta de que la guerra que pedían a voz en cuello por calles y plazas en las ciudades, era algo más que su simple chauvinismo.

Los efectos buscados con la anterior medida, fueron contundentes, puesto que ya en Villamontes y los relativamente socorridos fortines del Pilcomayo y sin llegar a los de los trasfondos y de primera línea, los muy valientes de la Plaza Murillo estaban acabados por la fatiga, los insectos y la canícula chaqueña que en cierto modo eran los mejores aliados con que contaban los paraguayos por estar hechos al ambiente y por precisar apenas de tres días para llegar al frente de operaciones, mientras que los bolivianos en su mayoría procedentes de climas fríos y sin entrenamiento previo, no podían hacerlo en menos de veinte para alcanzar las líneas de fuego ya en condiciones deplorables por la fatiga ocasionada en su largo como penosa travesía de casi todo el Chaco.

Siles, además de sus convicciones propias en relación con la tesis reivindicatoria, por los factores adversos anotados líneas arriba y otros que sería largo enumerar, comprendió que con hombres de la puna era improbable obtener buenos resultados en la jungla, el desierto y a más de dos mil kilómetros de los centros principales de movilización, sin antes hacer una adecuada preparación y entrenamiento de los mismos, como lo hizo Rommel con las tropas del ejército de sus órdenes antes de aventurarse en el Africa.

Era pues la guerra que en manos de Siles, no la hubiera hecho jamás Bolivia, sobre todo en las condiciones como se la hizo con Salamanca a la cabeza; además porque tenía la convicción de que al aceptarla se le haría a Chile el más amable de los servicios y a la Argentina de Justo se le daría la oportunidad de desagraviarle al Paraguay por aquello de la guerra de la triple alianza y, sobre todo, se le pondría en sus manos la ocasión, como eran sus deseos de marras, de eliminarnos de la cuenca del Plata.

De vuelta Kundt de su breve licencia en Alemania, se intensificó la preparación de la defensa nacional; las prácticas de los ejercicios combinados de las tropas se reanudaron en todos los niveles para culminar, luego de los acostumbrados viajes tácticos y de Estado Mayor, en grandes maniobras militares que se efectuaban años tras años siempre en la frontera occidental.

Sin embargo, esta vez, o sea en la primavera de 1929, las grandes maniobras militares no se hicieron sobre la frontera chilena sino sobre la peruana, porque, el Perú, coincidiendo con los preparativos bélicos del Paraguay que iban a toda máquina con la ayuda económica de la Argentina de Justo y siguiendo quien sabe qué siniestros consejos, luego de su entendimiento con Chile por el protocolo de 1929, se había permitido realizar por primera vez maniobras militares sobre nuestra frontera lo que le movió a Kundt a declarar frente al cuerpo de Agregados Militares y en su crítica sobre los resultados de aquellas nuestras grandes maniobras militares de primavera de aquel año, que los caminos construidos al sur del territorio peruano con el asesoramiento militar boliviano, se habían tornado con el tiempo amenazantes para Bolivia.

Esta justificada actitud del Jefe del Estado Mayor General, no tuvo mayores consecuencias por el momento, pero sirvió más tarde para que los paraguayos ya en plena guerra y más concretamente cuando se desarrolló nuestra ofensiva sobre Nanawa, la explotaran a su manera y favor, fundiendo la especie de que el plan de guerra boliviano consistía también en abrir el frente peruano.

Luego de aquellas grandes maniobras y después de la crítica pública de las mismas, Kundt, en una reunión reservada en el casino militar de Guaqui, manifestó entre oficiales de su graduación, que en conocimiento del Estado Mayor General de que nuestros prisioneros tomados en Vanguardia habían sido asesinados por los paraguayos, se apresuró a pedirle al Jefe del Estado que hiciera una enérgica reclamación diplomática y en su caso se fuera a la guerra.

La respuesta negativa de Siles a la anterior sugestión, no se dejó esperar, porque la idea que le trabajaba constantemente era la de no hacer jamás la absurda como inútil guerra con el Paraguay.

Engrandecido por sus sólidas convicciones personales y magnificado por la mesura con que supo dirigir los superiores destinos de la nación, Siles cayó del poder aparentemente por su propósito prorroguista que nunca fue inspiración suya sino de sus consejeros y de la alta clase militar constitutuida en logia empero de fines patrióticos y de interés en promover la defensa nacional, pero que sin embargo, en la hora suprema, algunos de éstos habrían de negarle y traicionarle.

Un otro factor que contribuyó a la caída de Siles, fue, sin lugar a dudas el astuto proceder de la cancillería chilena que adentrándose en nuestras masas populares por intermedio de sus agentes secretos, sigilosa y sutilmente fomentó el regionalismo propagando la especie de que el "chorocero" en caso de ser reelegido trasladaría la sede del gobierno al interior.

Siendo la verdad de todo esto que Siles no se dejó coger en la trampa diplomática que Conrado Ríos Gallardo le había tendido en Asunción y por consiguiente era necesario coadyuvar en su caída aunque el pueblo boliviano no podía penetrar ni comprender la patraña y el embuste del gobierno chileno.

Y con la revolución constitucionalista de junio de 1930, se vino abajo la preparación de la defensa nacional y la doctrina de guerra largamente sustentada por el Ejército Nacional sufrió un duro revés. Lo peor, los destinos luminosos de la patria fueron cambiados y ensombrecidos por los de una guerra que no había razón ni grande ni pequeña para hacerla.

POR QUE ESCRIBI MASAMACLAY

(Viene de la Pág. 1)

batadas al Paraguay. El Paraguay no aceptó ese handicap y todos los esfuerzos pacificadores fracasaron ante la negativa del señor Salamanca para discutir el problema retrotrayendo la situación en el terreno a la que existía antes del ataque boliviano a laguna Pitiantuta. Después de un mes de intensos ajetreos diplomáticos, el ejército paraguayo marchó a la reconquista de Boquerón. El caballo apocalíptico de la guerra se desvocó sin freno durante tres años, atravesando todo el Chaco y sólo se detuvo al quedar exánime en las faldas de la cordillera.

He hecho referencia a estos antecedentes para poder expresar mi modesto criterio sobre el interrogante más delicado en toda guerra: ¿Quién fue el culpable? ¿Quién fue el culpable de la guerra del Chaco? ¿El Estado Mayor o el Presidente Salamanca? No sé si mi libro da la respuesta, que a mi juicio es ésta:

Los culpables de la guerra del Chaco fueron tres:

Primero: Los personeros del Partido Liberal del Paraguay que convirtieron una cuestión tan delicada y compleja como la del Chaco en una de sus banderas de política interna. El Partido Liberal del Paraguay en función de gobierno, que ejecutando un plan de expansión territorial sobre un terreno de propiedad discutida, desbarató todos los esfuerzos que durante varias décadas hizo Bolivia, proponiéndole una transacción equitativa o un arbitraje.

Segundo: El Estado Mayor boliviano que cuando el señor Salamanca ordenó que el Ejército abandonase laguna Pitiantuta antes del contraataque paraguayo para evitar un conflicto armado, representó la orden presidencial y luego engañó al Presidente haciéndole creer que el destacamento boliviano se había ubicado en la margen opuesta de la laguna, lejos del fortín paraguayo Mariscal López.

Tercero: El Presidente Daniel Salamanca que ordenó una contrarrepresalia contra una represalia paraguaya ocultando al pueblo boliviano las verdaderas circunstancias de lo sucedido. El Presidente Salamanca que, una vez obtenida la revancha y corregido el supuesto ultraje a la dignidad nacional, se equivocó al creer que la presión internacional obligaría al gobierno del Paraguay a negociar la solución total de la controversia con tres de sus puestos militares como rehénes en poder de Bolivia.

Las causas mediatas e inmediatas de la conflagración bélica fueron, pues, la intransigencia paraguaya, la imprudencia del Estado Mayor boliviano y un error de cálculo del Presidente Salamanca.

Otro aspecto que con la benevolencia de ustedes desearía comentar es el del proceso diplomático. Parece increíble que dos países pequeños y pobres, colocados en vecindad que debió ser siempre de comprensión y mutuo apoyo, que dos pueblos que no se conocían y que por lo tanto no podían odiarse, no hubieran podido encontrar una solución amigable a la delineación de su frontera común y resultaran enfrentados en una guerra cruenta y fratricida.

La guerra del Chaco significó, por eso, una prueba flagrante de la falta de eficacia, del sistema regional interamericano en el que los países de este continente habían puesto su fe y su esperanza para convivir pacíficamente.

La guerra del Chaco fue una prueba negativa más contra la Liga de las Naciones, que tan aparatosamente se instaló en Ginebra y de la que románticos e ingénuos creyeron que sería la protectora de todos los derechos y la celosa guardiana de la paz mundial.

Bolivia y Paraguay que no estaban preparadas para una guerra, que nadie creyó que podrían resistir un esfuerzo bélico de más de unos pocos meses, sacrificaron su juventud, se empobrecieron aún más y se desangraron hasta el límite de sus fuerzas, durante tres largos años, sin que nadie pudiera evitarlo.

¿Qué explicación se puede dar a tan trágica ironía?

Es que Bolivia y Paraguay llevados por sus propios errores al enfrentamiento armado, resultaron víctimas del ajetreo de buenos propósitos, afanes pacifistas, competencias y emulaciones de organismos internacionales, gobiernos y personajes que buscaban la paz pero a la vez se afanaban por ganar prestigios particulares a la luz de la atención mundial centrada en el escenario del Chaco.

Entre los protagonistas de los actos diplomáticos, ninguna figura más trascendente y discutible que la del Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina Carlos Saavedra Lamas. Muchas circunstancias adversas se confabularon contra la suerte de Bolivia en los tres años de guerra y los tres años de la Conferencia de Paz. Fue una mala jugada del destino para Bolivia que en la Cancillería de un país, que por su vecindad con los dos pueblos en lucha estaba llamado a tener un rol preponderante en todos los aspectos de la contienda, estuviese este personaje y no cualquier otro de los Secretarios de Estado que antes y después ocuparon el mismo sitial y distinguieron a la política internacional argentina por su ecuanimidad y nobleza. Fue una desgracia para Bolivia que el señor Saavedra Lemas uniese a su aguda inteligencia, a su pacifismo, a su exhuberante dedicación al trabajo, y a su atildada personalidad, un desmedido afán de éxito y figuración que sobrepasaba el ámbito ya de por sí importante del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina. A ello se añadía su convicción de que dada la estrecha conexión de intereses económicos, políticos y geográficos, existentes entre Argentina y Paraguay, su deber era ayudar a este último país en la coyuntura de su guerra con Bolivia.

Cuando se inició la guerra en junio de 1932, la Comisión de Neutrales con sede en Washington, que había intervenido en el arreglo amigable del incidente de fortín Vanguardia, en 1928, y bajo cuyos auspicios se discutía un proyecto de no agresión propuesto por Bolivia al Paraguay, creyó que le correspondía ofrecer sus buenos oficios dentro de la nueva situación planteada con los sucesos de laguna Pitiantuta. Comenzó entonces dentro de la apariencia de una gran cordialidad, una lucha sutil entre el señor Francis White, Presidente de la Comisión y Secretario de Estado Adjunto de la Cancillería de los Estados Unidos y el señor Saavedra Lamas. El señor White en resguardo de la posición de su país y con el antecedente de que la Comisión tenía ya la experiencia de cuatro años en los problemas del Chaco, creía que la pacificación boliviano-paraguaya debía discutirse en Washington. El señor Saavedra Lamas quería que esto ocurriese bajo su batuta en Buenos Aires con la participación de los otros países vecinos de los contendientes. Por su parte, la Liga de las Naciones, de la que Bolivia y Paraguay eran miembros comprendía que su prestigio estaba en juego y que tenía más derecho que ningún otro organismo o grupo de países para intervenir en la aplicación de las disposiciones de su Convenant. Sin embargo, por consideraciones especiales con los Estados Unidos, que no aceptaron ingresar a la Liga, pero con cuyo gobierno le era esencial mantener buenas relaciones, no quería interferir con las actuaciones de la Comisión de Neutrales durante los primeros meses de la guerra. Cuando transcurrieron varios meses sin que la Comisión llegase a un resultado positivo. Varios miembros de la Liga presionaron para que este organismo tomase la responsabilidad de las tratativas diplomáticas. Además el Canciller argentino Saavedra Lamas que no podía desbaratar directamente la acción de la Comisión de Neutrales gestionaba en Ginebra la intervención de la Liga con la seguridad de que ella tendría que delegar sus funciones a los países vecinos.

He mencionado estos antecedentes para dar una idea de la maraña de antagonismos, rivalidades, malos entendidos y emulaciones en medio de los cuales las Cancillerías de Bolivia y Paraguay, se veían pérdidas sin encontrar un derrotero claro por medio del cual pudiesen llegar a una solución satisfactoria del conflicto bélico. No se puede acusar al señor Saavedra Lamas de ser el único causante de la duración tan prolongada de la guerra y del fracaso de los esfuerzos pacificadores que no estuvieron de acuerdo con sus propósitos y ambiciones, pero sí me atrevo a conjeturar que si cualquier otro personaje hubiese ocupado su puesto con la ecuanimidad, prudencia e imparcialidad que le correspondía y que han distinguido a los antecesores y sucesores del señor Saavedra Lamas, la paz habría llegado al Chaco en los primeros meses de la guerra. No quiero afirmar que él provocó deliberadamente la duración de la guerra. No, él era un hombre que odiaba la violencia, un hombre de derecho, que abogaba por una solución jurídica y una complementación económica de su país, Bolivia y Paraguay. Mas, sus buenas intenciones, quedaron subordinadas a su afán de que la guerra del Chaco sólo concluyese en la forma que él quería, dándole todos los lauros y haciéndolo acreedor al Premio Nobel de la Paz.

Quedaría por comentar, el factor que motivó e inspiró Masamaclay: el combatiente, el oficial comandante de regimiento, escuadrón, compañía o sección, el sargento y el cabo y el "repete" o soldado raso, ya fueran ellos quechuas o aimaras, cambas o collas, indígenas, mestizos o blancos, artesanos, labriegos, comerciantes, empleados o estudiantes.

Ya lo he dicho antes. Escribí Masamaclay en un intento quijotesco de abogar porque se hiciese justicia a la generación que le tocó acudir a los llamados a las armas entre el 15 de junio de 1932 y el 14 de junio de 1935.

Pero aunque he salido en esta charla de la línea que me impuse en Masamaclay al no hacer juicios o comentarios propios, quiero mantener aquella posición en tratándose del excombatiente. En mi libro, dentro de la táctica que adopté para la presentación del caso al gran jurado público, consideré que no era necesario añadir nada a lo que decía el testigo más valioso, el enemigo de entonces y amigo de hoy, en libros y folletos, y cuyo testimonio es el más fehaciente de todos.

Sin embargo, hay un acto en el que intervinieron combatientes que no puedo menos que comentar en esta oportunidad.

Ese hecho fue el apretón de manos que oficiales y soldados bolivianos se dieron con oficiales y soldados paraguayos, a los pocos minutos de que todas las armas que unos habían empuñado y disparado contra los otros, silenciaron su diálogo letal. Estos, ocurrido en forma tan inmediata a una guerra tan larga y tan cruenta, es, talvez, único en la historia de los conflictos humanos. Es la mejor prueba de que esos dos pueblos habían empuñado las armas el uno contra el otro, sin conocerse hasta entonces, sin tenerse odio, porque quienes los mandaban les dijeron que ese era su deber. Y cumplieron ese deber hasta el último minuto, jugándose íntegros con sacrificios y estoicismo que en muchas circunstancias iban más allá de lo que se podía exigir de un ser humano. Pero, cuando se les dijo que ese deber había concluído, cruzaron el campo de nadie y extendieron la mano al implacable y fiero adversario con un gesto espontáneo, que salió del corazón y que se produjo desobedeciendo la prohibición terminante de los comandos de ambos ejércitos. Fue un gesto que me es muy grato mencionar en forma especial en esta charla que ha tenido por marco esta casa de la hispanidad. Ese gesto probó que los pueblos de Bolivia y el Paraguay se habían enfrentado por un trágico error, que eran pueblos hermanos, hijos de una misma madre, una madre, España, que les legó fuerza y valor para la lucha y nobleza para hacer la paz.

POTOSI Y SU...

(Viene de la Pág. 3)

Y para mayor abundamiento, convendremos que la meandrosa calleja potosina y el pino callejón de La Paz observaron rigurosmanete el caprichoso decurso del antiguo sendero rural español delineado por el constante trajín del ganado y del original peatón.

Asimismo, señalaremos cómo la calle ocupaba, en el trazo colonial de la ciudad, lugar diferente y en grado menor al de la era del carruaje y del transporte sobre ruedas.

Así, en la edad media, dentro de las islas de casas, la calle conservaba únicamente rol comunicante en la urdimbre cotidiana de las relaciones humanas. Dicho de otro modo: constituía, exclusivamente el conjunto de las huellas agrupadas del constante ir y venir de los primitivos ciudadanos.

La calleja potosina por otra parte, fue simple línea de comunicación y de transporte de minerales...

Y sus callejones fueron -como es bien conocido- estrechísimos para proteger a su habitante del frío y rigurosos vientos de la ciudad-mina.

Por lo demás, el frío inclemente de la paramera potosina condicionó, como es natural, el carácter específico de sus estructuras y hasta de las agrupaciones familiares en habitaciones ófricas y de techumbre baja, sin ventanas para conservar el calor hogareño de las cocinas coloniales.

Recién, con la aparición del tronco de caballos perdió la calleja primitiva su carácter de sendero rural, superando su primigenia calidad de simple senda de ganado. En la Imperial Villa: de recuas de mulos y llamas para el acarreo minero. Aunque mucho más tarde se diera preferencia en Potosí al "ingenio de recuperación y beneficio de minerales y a las plantas concentradoras rudimentarias, con evidente prelación a la casa habitación de los dueños de las minas que, sin embargo, posteriormente trataran de transplantar la casona-tipo del medioevo español una vez logrado su natural cometido económico, el enriquecimiento...

Así se calcaron son rara fidelidad los amplísimos patiales, los obscuros zaguanes, los miradores proyectados indiscretamente sobre las callejas retorcidas, facilitando el ocioso fisgoneo de las dueñas y amas de casa; los corredores monacales, las solanas y, sobre todo, los bellísimos ventanales moriscos herméticamente guarnecidos de rejería, configurando paulatinamente la morfología de la perilustre ciudad-mina...